



Las mujeres se hacen cargo del cuidado, del sacrificio, del amor cotidiano y sobre todo, de la cancelación de la propia identidad a favor de otro

La reina **Isabel** le ha dado a **Imelda Poole**, la religiosa católica de Mary Ward, agasajada recientemente en la embajada británica ante la Santa Sede, el prestigioso *Order of the British Empire* por su compromiso profuso al combatir las formas modernas de esclavitud. Su ejemplo luminoso recuerda a todos que las hermanas son las personas más comprometidas, en las diferentes partes del mundo, para combatir la trata de seres humanos y las condiciones de vida y de trabajo que se remontan a los tiempos oscuros de la esclavitud y están aún desafortunadamente muy difusos. Tal vez, incluso en expansión.

El hecho de que quien sufre condiciones tan infelices sean sobre todo mujeres y menores explica, solo en parte, esta vocación femenina dentro de la Iglesia. En realidad, eso sucede porque las mujeres son las más tenaces y valientes en la batalla contra los explotadores. Y son también quien, incluso si no se puede erradicar la plaga desde el punto de vista social, permanecen junto a las víctimas para compartir con ellas condiciones de vida inhumanas. Porque saben que solo el amor silencioso pero constante puede sanar heridas espantosas y volver a dar esperanza o solo el valor de seguir adelante.

En otro campo diverso, se señala un caso similar en un artículo publicado en la revista «Acta Paediatrica»: los padres de hijos golpeados por enfermedades irreversibles, a los que se les suministra constantemente tratamientos paliativos, también a través de auxilios técnicos salvavidas que no son de fácil utilización, prefieren, de todos modos, en gran mayoría, cuidarlos en casa. Las ventajas son evidentes: se evitan infecciones a las que los enfermos están expuestos en el hospital, los niños continúan formando parte de la vida de la familia y están más apoyados psicológicamente. Esta elección significa que los familiares, después de haber frecuentado cursos preparatorios para ello, deben ocuparse ellos mismos de los hijos enfermos todo el día.

Y es evidente que, día tras día, aquellos que prestan los cuidados encuentran dificultades crecientes: al cansancio físico se añaden la falta de sueño, el aislamiento social y la disminución de los recursos económicos.

Nadie se extrañará al descubrir que quien se hace cargo de estos cuidados, en su gran mayoría, son las madres. Y hoy ya no podemos decir «porque los padres trabajan per mantener a la familia», desde el momento en que también las madres podrían hacer lo mismo, salir, encontrar a gente, y en las situaciones más afortunadas, realizarse en una profesión. Esto sucede porque más que los hombres las mujeres se hacen cargo del cuidado, del sacrificio, del amor cotidiano y sobre todo, de la cancelación de la propia identidad a favor de otro.

Se trata indudablemente de aquello que **Juan Pablo II** llamó «genio femenino», reconociendo la grandeza y la importancia. Pero hoy nos preguntamos si este reconocimiento puede bastar, si puede la Iglesia, sobre todo en una situación de crisis interna y externa, continuar ignorando a estas mujeres, continuar sin escuchar sus voces, su pensamiento. Si puede continuar pensando que ellas no son precisamente los testigos más creíbles y convincentes del Evangelio, sobre todo porque son ricas de experiencias espirituales y humanas que son hoy particularmente necesarias para la evangelización, indispensables para una institución en dificultad.

Como escribe **Anne-Marie Pelletier**, «la petición es ver y escuchar a las mujeres no sencillamente por el hecho de que ellas exijan este acto de justicia, sino para que todos reconozcan y aprendan, en lo que muchas de ellas viven, cuál es el rostro de la Iglesia sierva y pobre, también maternal, rostro que se encarna menos naturalmente en la realidad que cuanto se evoca en los discursos».

Lucetta Scaraffia, en osservatoreromano.va.